

FRAGILIDAD

Estoy convencido de que, tras largos siglos de evolución y de ensayos de convivencia, hemos terminado por construir una sociedad frágil, quebradiza, enferma, débil. Todos estos calificativos le son aplicables, desgraciadamente.

Si meditamos sobre el acontecer histórico, nos encontramos con un perpetuo estado de excitación, de enemistades entre tribus, clanes ciudades, pueblos... Es una constante que se dibuja a lo largo del tiempo, sin pausa ni descanso. Ignoro si ocurre en todas las especies, pero el hombre, creo, ha sido hasta ahora el que más ha luchado contra sus iguales, incluso contra sí mismo; lo que no deja de ser absurdo e incomprensible.

Esto sucede de forma general, no es exclusivo de una raza o pueblo, acentuándose más o menos según la cultura o desarrollo de cada cual. Pero, ojo, ni la cultura ni el desarrollo vacunan contra esta especie de mal congénito que arrastramos.

Todo ello se ha comprobado, de manera acusada, en el pasado siglo XX y lo estamos contemplando, sin cesar, en el presente. El hombre, que necesita de sus semejantes, no ha sabido establecer unas relaciones o reglas no conflictivas entre ellos. La vida social se desarrolla en equilibrio inestable y con frágiles instrumentos que, con frecuencia, saltan como fino cristal en mil añicos. Solo así puede explicarse que hechos como una huelga de camioneros, como la realizada no ha mucho, sea capaz de crear caos y se produzcan enfrentamientos por la adquisición de subsistencias, o que el afán especulativo y los excesos de grupos financieros y de producción pongan al borde de la quiebra y del desastre todo el sistema económico, pese a la "eficaz" actuación de la "mano invisible" del mercado, según nos decía A. Smith; solo así podemos entender la lucha sin cuartel por el control de materias, el petróleo especialmente que, en buena lógica, como el agua o el aire, debiera ser de todos; solo así podemos entender el afán de dominio que subyace en toda la historia; solo así podemos explicarnos el deseo de distinción y de diferencia que preconizan algunos políticos estúpidos, transformando en armas aquello que debiera servir para unir, como la lengua, el conocimiento científico, siglos de existencia juntos, la proximidad... Nuestra sociedad es inestable y frágil no simplemente porque la vida y su asiento físico están sometidos a los caprichos de unos fenómenos naturales aleatorios e impredecibles sino, también, porque el propio hombre la ha construido con una consistencia quebradiza, consecuencia de los propios egoísmos personales y de una manifiesta incapacidad para la renuncia en beneficio común. Tal vez forzado por tales defectos y el miedo a perecer o sufrir penosas incomodidades, se ha colocado sobre el filo de escondida navaja, como arriesgado equilibrista, sin pensar que cualquier movimiento erróneo le hará caer, con estrépito, herido y maltrecho.

Nuestra sociedad, hay que repetirlo con insistencia, resulta frágil, inestable, y dado el avance de la ciencia y de los medios bélicos disponibles hoy, si no rectificamos y cambiamos las formas de convivencia, podemos terminar destruidos en el fuego infernal encendido por cualquier loco fanático o fundamentalista. Hemos olvidado, o no queremos recordar, que existen una enseñanza y unos criterios ejemplares, únicos, dictados por Aquel a quien rememoramos estos días de Semana Santa, cuyo cumplimiento nos haría vivir en paz, sosiego y felicidad: el amor al prójimo como a nosotros mismos.

Miguel Molina Rabasco



TIEMPO DE ANGUSTIA

La noción de tiempo, en la vida personal, no es equivalente a la que en física nos la relaciona entre distancia y velocidad en su recorrido sino que, según mi particular entender, no estrictamente científico, supone una simple percepción individual. No es lo mismo unos momentos vividos apoyados los pies sobre ascuas ardientes, que los transcurridos en sosegado descanso sobre mullido colchón de lana; ni los pasados durante acciones peligrosas y duras, que los gozados en situaciones de placer o felicidad. En los sucesos negativos y dolorosos el tiempo será largo, interminable; en los gozosos y agradables, veloz, breve.

A lo largo de la existencia humana, pasamos por diversas situaciones que imprimen una distinta velocidad a nuestra existencia. Según lo expresado más arriba, el "tempo" será corto, casi como un relámpago fugaz en ocasiones; en otras interminable, casi eterno...Depende de la incidencia de los acontecimientos en nuestra sensibilidad; incidencia procedente tanto de la complejidades del acaecer y del entorno, que provocan reacciones diversas que agitan nuestra psique. En pocas palabras: el tiempo nos parecerá más o menos largo según los hechos que influyen, marcan y empujan nuestra vida.

No descubrimos nada nuevo si afirmamos que el mundo, para el hombre, ha sido, a lo largo de los siglos, conflictivo y le ha supuesto una constante lucha, ganada a veces, perdida otras y siempre con altibajos preocupantes y penosos. En los Evangelios de San Mateo, San Lucas y San Marcos, se nos habla de tiempos de angustia, en los que la certeza en las ideas y creencias, en la fe y confianza, es atacada por toda clase de enemigos, falsos profetas y destructivas ideologías; a ellas cabría unir hoy la pérdida o desintegración de los valores sobre los que se apoyan nuestro mundo interior, con lo que tiende a derrumbarse todo el edificio del "yo", zarandeado por turbulentas fuerzas que no acierta a comprender. Y surge la angustia y la confusión. Por todas partes nos disparan, como proyectiles, ideas y creencias que colisionan con las que han nutrido nuestras vidas y tambalean la sociedad de la que somos parte; las virtudes que aprendimos se convierten en rémoras para subsistir; los principios que sustentaban la convivencia parecen falsos; crece la codicia y aumenta la miseria, fallando esa mano invisible que, según Adam Smith, asignaba los recursos en economía; se tergiversan y desvirtúan los contenidos y mensajes religiosos para incitar a la confrontación y enemistad, cuando no a la guerra, en vez de fomentar la unión y la mutua ayuda...



Tiempo de angustia, tiempo de confusión. Las naciones –también la nuestra- tienden a romperse o destruirse; la convivencia falla a consecuencia de estúpidas teorías identitarias; explosiona nuestra personalidad formada por convicciones, afectos, respetos, amores y distinción del bien y del mal. Nuestros días no creo que sean prólogo de los vaticinios evangélicos, pero se dan en ellos muchas síntomas inquietantes. El resultado de la actividad se evapora con una crisis inexplicable si eliminamos ingredientes de codicia, ambición y maldad; la mano invisible del mercado –ya indicada- que asignaba con acierto los recursos, según los economistas clásicos, parece haber sido manipulada en beneficio de los poderosos y en perjuicio de los débiles: la cultura igualadora de todos los seres humanos, ha sido envenenada por afanes de diferenciación; la defensa de la vida como bien insuperable, ha sido aguada por inventados derechos hedonistas o lascivos; el respeto a las ideas ajenas, a las creencias personales, a la esperanza en otros mundos mas allá de la existencia física y temporal, es pisoteado cuando no perseguido con saña y no pocas veces con la muerte. Nadie podía imaginar que en el siglo XXI pudieran acontecer sucesos como los que estamos viviendo, y que nos angustian y confunden. No entendemos como el hombre, tras largos periodos de evolución, no haya eliminado sus instintos agresivos; no comprendemos como después de enseñanzas y ejemplares actitudes, no actúa de manera constructiva y se esfuerza en ayudar para que todos consigan una vida plena y feliz. Contemplando como cada día se incendian peligrosamente países y regiones en todos los continentes, resulta urgente reflexionar sobre nuestros comportamientos, sobre nuestra vida, sobre nuestro destino...; no indignarnos contra nadie sino, tal vez, contra nosotros mismos, por la supina ignorancia nuestra, incapaz de desechar desaforados egoísmos y codicias, que son la causa, la chispa que prende la explosiva presión que provoca tanto deseo de poder, tanto afán de riqueza, tanta corrupción, privada y pública, tanto hedonismo que nos lleva a legalizar la muerte de inocentes, a despreciar a quienes no nos gustan o consideramos diferentes, a separarnos por simplista y tonto localismo, llegando incluso al asesinato indiscriminado –no otra cosa es el terrorismo- con el pretexto de que un mínimo pedazo de terruño es de uso y dominio exclusivo de algunos...La Semana Santa nos brinda propicia ocasión para la susodicha reflexión, con el recuerdo del sacrificio que, por amor a los hombres, tuvo lugar hace más de dos milenios.

MIGUEL MOLINA RABASCO

2-2013...

¿Qué nos sucede?

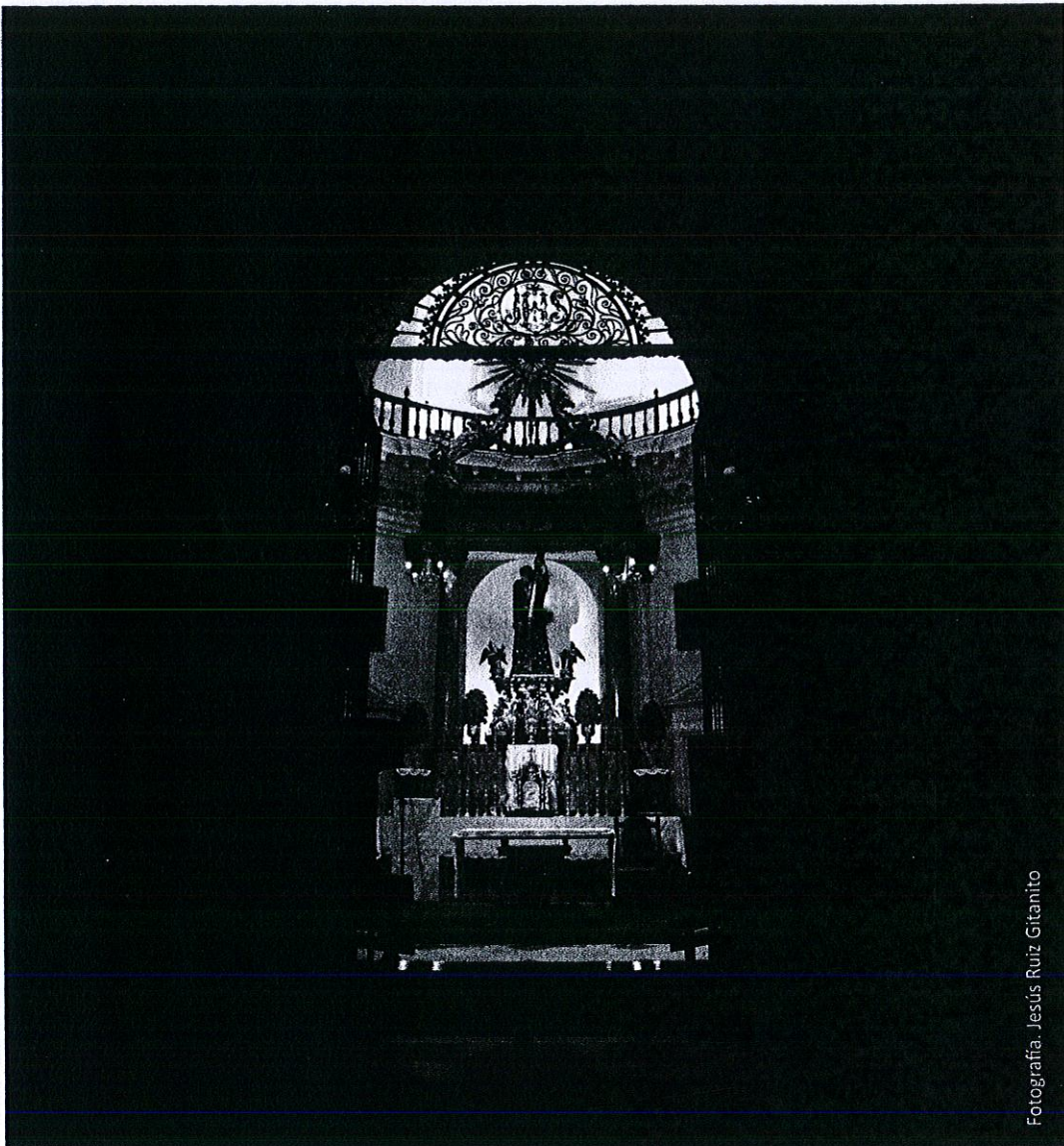
Miguel Molina Rabasco

Durante largo tiempo –para algunos tal vez demasiado– estamos viviendo en este mundo en el que hemos conocido sucesos, agradables unos, otros dolorosos, terribles a veces, bien de manera directa, bien a través de las noticias provocadas por movimientos o acontecimientos de esta sociedad inquieta y voluble en la que estamos inmersos y, por consiguiente, con la creciente rapidez de la técnica de hoy, como si acontecieran en nuestro entorno, tan próximos que hasta los sentimos en el propio cuerpo o en el turbado ánimo. Y cuando llegamos a tu recogida capilla, Señor, te solemos preguntar en muchas ocasiones, ¿qué nos pasa?... Porque, pese a reconocer el avance material que nos permite desenvolvemos con una eficacia nunca antes soñada, nos encontramos deprimidos, tristes, infelices, como si nos faltara algo esencial. Hay momentos, sin embargo, que nos invade cierta euforia al sentirnos vivir y encontrarnos fuertes, sin problemas graves, lo que nos produce bienestar y satisfacción; pero pasada esta breve explosión de vitalidad, ya solos, sin compañía que nos distraiga, caemos de nuevo en el desánimo

mo y nos interrogamos, sin hallar respuesta, qué hacemos aquí, en este mundo... Y vuelve otra vez la depresión, la angustia, el temor de qué cosa nos espera en lo por venir, en un futuro desconocido que se acerca con creciente aceleración, influyendo en nuestras fuerzas, en nuestras ilusiones que, como velas casi consumidas, pierden luminosidad vital... ¿Qué nos pasa, Jesús?

Cuando observamos nuestro mundo y nos llegan veloces las noticias de cada día, nos sobrecoge la miseria y el hambre en muchos países, el aumento de poderosas armas en casi todas las naciones, los inacabables conflictos bélicos, la existencia de raptos, esclavitud, comercio de drogas, asesinatos, violaciones de niñas, parejas deshechas, mujeres maltratadas y agredidas, políticos corruptos, estafas multimillonarias, abusos del poder sin control, utilización de medios públicos en beneficio propio y un largo cúmulo de hechos delictivos que se encubren y no se castigan, en perjuicio de los débiles, de los necesitados...La solidaridad, la ayuda mutua, la caridad, salvo en pequeños oasis de gente ejemplar, no las vemos; nos invade la envidia, el desprecio, la indiferencia como males contagiosos, incluso en los menores, cuya experiencia es escasa y su capacidad de distinción entre el bien y el mal casi nula

¿Qué nos ocurre, Señor? Hoy nos anonada la noticia publicada de la clonación de varios animales, como ocurrió con la oveja Dolly, y la posibilidad –aunque se niega– de hacerlo en el futuro con seres humanos. ¿Seremos tan locos, como en “Un mundo feliz” de A. Huxley, para fabricar personas con características especiales apropiadas a distintos fines? Nos horripila este hecho y que pueda realizarse, como cualquier otro producto, en un laboratorio o en una fábrica demoníaca, pues ello equivaldría a la desaparición de lo más sublime de la persona: el amor.



Fotografía. Jesús Ruiz Gitanito

Creo que todos queremos ser hijos del Padre eterno, como Tú enseñaste. Ya, alguien tan lejano y tan sabio como Séneca (al que quizá llegaron retazos de tus mensajes o los intuía), en su carta XLI a Lucilio, escribió: "Dios está cerca de ti; está dentro de ti .No hay hombre bueno sin Dios". Y han pasado milenios y cuanto ha quedado expuesto sobre maldades, iniquidades y horrores, siguen ocurriendo y muchos nos preguntamos, Señor, cuándo alcanzaremos la paz y el mutuo afecto todas las criaturas. En los últimos siglos, surgieron doctrinas políticas y económicas difundidas por una singular especie de profetas violentos, y el mundo se incendió, y perecieron millones de personas...Por eso, Jesús, en el "impasse" en que nos encontramos, imitando un poco a San Juan de la Cruz, te pedimos evites falsos mensajeros "que no saben decirnos" lo que queremos y necesitamos; sé Tú, que estás dentro de nosotros, en el corazón, quien nos guíe por todos los caminos.

¿Qué daremos?

Nuestra sacra Madre, María Santísima de Araceli, va a ser coronada. Vamos a ponerle sobre su frente bella y augusta, la aureola, la ilusión de un pueblo que, ante su efigie soberana, se encuentra arrodillado, pidiendo perdón y remedio para sus culpas.

¡Le debemos tanto! Ella, que con benévolo anhelo, apartó de nuestras plantas los abrojos; desmoronó los escolios que ante nuestro camino se alzaban; quitó de nuestro corazón la nociva ponzoña del mal; lavó con el rocío de su amor, los pensamientos malos de nuestra mente; sanó nuestra alma, de alguna pasión impura y denigrante; no dejó jamás que en nuestro espíritu, se adentrara el demonio; y con el remordimiento, limpió y purificó nuestro cuerpo y nuestra alma, dejándoles bruñidos y relucientes, como los pródigos destellos de su corona.

A nuestra amadísima Patrona, ¿cómo podremos pagarle tanto bien, darle una prueba de nuestra gratitud y amor? ¡Bien poco es contribuir para que, con el esplendor y magnificencia que requiere acto tan solemne, sea coronada! ¡Bien poco es aportar un grano de arena, para que se haga esa obra tan grandiosa, esa empresa tan sublime y eterna, que jamás han conocido los anales de la Historia!

Mas, ¿qué daremos si somos pobres?... El aliento del alma y del ser; el amor eterno hacia Ella, la Buena, la Dulce y la Amante; el corazón limpio y puro como el agua cristalina, impregnado de fervor y ternura a Quien todo se le debe.

¿Qué daremos si somos ricos? La parte material sería muy poco, nada; con ella, que muchas veces es la causa del pecado, puede hacerse un bien, una buena obra; servirá el dinero que donemos, para amortiguar nuestras faltas, para suavizar el castigo, para hacer una caridad con nosotros mismos. El amor, y la fe, y la veneración, y el alma pura y resplandeciente que también le demos, es lo que Ella más quiere, lo que más desea, lo que le causará más dicha en el día glorioso que esperamos. La veremos sonriente, llena de ternura, darnos las manos desde su ermita, y ayudarnos a subir a donde nos espera Dios, al Reino de los Cielos.

M. MOLINA

Mensaje Aracelitano 8 de
Marzo de 1.948, con motivo
de la Coronación.

334

La vida política y los complejos

MIGUEL MOLINA RABASCO

Si no recuerdo mal, fue el doctor Marañón quien dijo que el gran pecado de los liberales era el temor a no parecer liberales. Lo mismo podría afirmarse hoy de los demócratas. Todos estamos convencidos de que la democracia es el mejor de los sistemas políticos existentes, o el menos malo, según se mire, y con este convencimiento proclamamos nuestra insobornable cualidad de demócratas y llevamos nuestro comportamiento hasta extremos que rozan en lo kafkiano, por ese temor estúpido a que nos tachen o califiquen de poco democráticos o algo por el estilo.

Quien tenga dudas de que esto sea así, no tiene nada más que ojear la prensa diaria, ver la televisión o escuchar la radio, para darse cuenta de cómo nuestros políticos, con un miedo cerval a que se ponga en cuestión actuaciones de "demócratas de toda la vida", toleran, con una pasividad tontorrón, no solo falsas y vociferantes acusaciones, sino las acciones de ciertos energúmenos que, conocedores de esa debilidad, se aprovechan y abusan de la propia democracia para anularla y, posiblemente, destruirla si no se pone coto a sus desmanes e ideas.

LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

En 1978 los españoles, los que vivimos una dictadura de cuarenta años y algunos que no conocieron otro sistema, nos dimos una Constitución y con ella hemos convivido, con mas luces que sombras, camino ya hacia las tres décadas, quizá el periodo de paz y prosperidad más largo en la historia de este país, que tiene el honroso y bello nombre de España, aún cuando parezca que nos da vergüenza proclamarlo. ¡Oh increíble influencia o contagio de algunos anacrónicos "progresistas", que no acaban de asumir que nos encontramos en otro tiempo distante y distinto de aquel contra el que intentaron luchar!. Y cuando escribo paz lo hago con consciencia clara de lo que significa, pues los zarpazos de la bestia

terrorista sólo constituyen meros intentos de desestabilizar nuestra sociedad, mas cohesionada, fuerte e inteligente de lo que ellos creen.

Dicho esto hay que reconocer, sin embargo, fallos o puntos débiles en nuestra organización que, o corregimos cuanto antes, o pueden prolongar los problemas existentes y agravarlos hasta extremos peligrosos. El primero se desprende de lo expuesto: Una democracia no tiene por qué ser débil, ni su autoridad endeble y cuestionada de forma continua. Si ha de velar por la libertad y está obligada a garantizar la seguridad de sus ciudadanos honrados, no puede andarse por los cerros de Úbeda a la hora de actuar y castigar a quienes vulneran e incumplen las normas y deberes de ciudadanos. No descubro nada respecto al desprestigio de nuestra iusticia, preocupada en exceso por sus simpatías y antipatías políticas, con olvido culpable de sus obligaciones de castigar a la delincuencia, ya sea de alto copete o de misera extracción social; tampoco resulta nada nuevo señalar la lenidad con que los distintos Gobiernos han dictado y promovido leyes y códigos protectores y defensores del español correcto y cumplidor de sus deberes; en ellos, al final, se ha buscado más una supuesta reinserción del delincuente, que el restablecimiento de la justicia y, por supuesto, con inexplicable olvido de las víctimas.

NACIONALISMOS

Otro punto flaco se encuentra en la manera en que se han tratado los llamados nacionalismos. Por obviar los así autotitulados -decir históricos sería una falsedad tan gruesa como la de los propios nacionalismos- se propician o inventan otros nuevos con la división autonómica, que es tanto como otorgar facilidades a nuestra tendencia individualista e inyectar energía a la fuerza centrífuga que, en nuestra sociedad, el individualismo implica. Y no bastó con crear las Comunidades Autónomas, que en sí nada tienen de

malas y pueden servir para una eficiente descentralización, sino que además cedemos tantas competencias que casi queda vacío de contenido al propio Estado. Pero esto tampoco implicaría grave problema si por encima de los intereses particularistas autonómicos existiera una clara y fuerte consciencia de la unidad territorial de España y de solidaridad con el resto de las Autonomías -cuyos habitantes no dejan de ser compatriotas- tal como sucede, por ejemplo, en EEUU o en Alemania; mas ello, dado nuestro carácter, como se ha dicho, no ocurre; la disgregación y la dispersión, nos atraen más, con una seducción casi suicida. No creo que sea necesario ningún ejemplo, cuando estamos sufriendo las consecuencias de "nacionalismos" que podrían calificarse de insensatos y estúpidos si no estuvieran resultando tan dramáticos. También aquí, la frase de Marañón es aplicable. Nadie quiere parecer autoritario y defender con fuerza lo decidido por la mayoría, facilitando así a pequeños grupúsculos toda clase de desmanes, que siembran la inquietud y el temor entre la gente normal, honrada y trabajadora, deseosa sólo de vivir en paz.

Por último hay que hablar de la clase política, si puede llamársela clase. Ya es grave considerarla como tal, transformar en profesión la representación que ostentan y en "status" social privilegiado el resultado de unas elecciones, que tan sólo significan un mandato transitorio. Pero la verdad es que existe una tendencia en los propios políticos hacia esa transformación, con respetables excepciones, y a perpetuarse indefinidamente en el poder, bien por el prestigio del mando, bien por cualesquiera otras muchas razones mas íntimas y por esta causa, trasigen, condescienden, ignoran de forma deliberada, evitan ver, permiten y minimizan acciones, actuaciones y hechos, cuya continuidad y reiteración van minando la convivencia y los valores propios de una sociedad sana.

Bueno es desechar complejos y fantasmas del pasado y ejercer con la suficiente fortaleza la misión que el pueblo encomienda a sus hombres públicos, para que gobiernen lo mejor que sepan, pero sin concesiones ni temores a ser considerados autoritarios, nostálgicos y destruir la democracia. No hacerlo así tiene un nombre: Pusilanimidad. O algo peor.